



CAPÍTULO XLI

De los principios del rey D. Alonso el Sexto.

En los principios del reinado del rey don Alonso no faltaron turbaciones y revueltas, que con el tiempo se apaciguaron y tuvieron buen suceso y alegre. El año siguiente, despues que entró en su reino, que fué el de mil setenta y cuatro, los reyes de Córdoba y de Toledo traian guerra sobre los términos de sus reinos. D. Alonso, por lo mucho que debía al de Toledo, juntó un buen ejército con intento de ayudarle y acudirle. Temió el rey Almenon de primera instancia que venia contra él, pero luego se desengañó y supo el buen intento que traia en su favor. Juntaron los dos sus campos y hicieron muy gran daño en las tierras del reino de Córdoba: destruyeron los sembrados, aldeas y cortijos, y quemaron los pueblos, hicieron grandes presas de hombres cautivos y de ganados. No se vino á las manos, porque el de Córdoba esquivaba entrar en batalla con Almenon y con los demas que de su parte venian. Los soldados volvieron alegres con las victorias, ricos y cargados de despojos. Por este tiempo falleció la primer mujer del rey D. Alonso, por nombre doña Ines: casó despues con otra señora llamada Constanca, natural de Francia. Deste segundo matrimonio tuvo una hija sola, que se llamó doña

Urraca, y adelante heredó el reino y todos los estados de su padre, como se verá en otro lugar. Á instancia desta reina (segun yo pienso) despacharon una embajada á Roma para suplicar al papa enviase un legado á España con plena potestad para reparar y reformar por todas las vías posibles las costumbres de los eclesiásticos, que por la soltura de los tiempos andaban muy estragadas y perdidas. Parecióle al papa Gregorio VII ser muy justa esta demanda: despachó para este efecto á Ricardo, cardenal y abad de San Víctor de Marsella.

Este legado, llegado á España, juntó en Búrgos, ciudad cabeza de Castilla, el año de 1076, un concilio de obispos de todo el reino; en él por conformarse con la voluntad del rey y con lo que era razon, confirmó en todo su reino el ministerio romano; que son las mismas palabras de D. Pelayo, obispo de Oviedo. Yo entiendo que mandó ejecutar y poner en práctica las leyes antiguas de la Iglesia, olvidadas y desusadas en gran parte, señaladamente que los clérigos de órden sacro no se casasen ni tuviesen mujeres, segun que lo mismo se hiciera en Alemania, aunque con mucho alboroto y revueltas que sobre el caso se levantaron, tanto que públicamente se dije-

ron muchas cosas contra la honra y reputacion del pontifice Gregorio, libelos famosos cantarillos y versos muy descomedidos en este propósito; tan pesada cosa es dejar las costumbres viejas y reformar las vidas estragadas. Á la verdad, los más de los clérigos, olvidados de lo que pedia la antigua disciplina eclesiástica y vencidos del deleite, se hallaban enlazados en el casamiento, cargados de mujeres y de hijos. Demas desto, á ejemplo de Aragon, abrogaron en aquella junta el breviario y misal gótico de que usaban en España, y se mandó introducir el romano. Esto cuanto á lo eclesiástico.

El Cid asimismo, por mandado del rey, partió para la Andalucía á poner en razon á los reyes moros de Sevilla y de Córdoba que no querian acudir con las párias y con los tributos acostumbrados. Traian entre sí guerra muy reñida los reyes de Granada y de Sevilla; el de Granada estaba más orgulloso á causa que algunos cristianos seguian sus banderas y ganaban dél sueldo; púsose el Cid de por medio para concertallos y ponellos en paz, y porque el de Granada no queria venir en ningun partido, le hizo guerra, y vencido, le forzó á tomar el asiento que primero desechaba. Hicieronse, pues, las paces entre aquellos moros, y el Cid volvió con los tributos cobrados, y sus soldados ricos con las presas que en aquella guerra hicieron, los cuales y toda la demas gente, por las victorias que ganó en esta jornada, le dieron un nuevo apellido y muy honroso, ca le llamaron el Cid Campeador, en que se muestra el grande amor que le tenian y gran crédito que habia ganado. Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él en una nueva envidia: procuraban abatir al que más aina debieran imitar; armábanse para esto de calumnias y cargos falsos que le hacian, torcian sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento, por estar el rey de tiempo atras disgustado, demas que de nuevo se les ofreció otra ocasion muy á propósito para llevar adelante esta trama.

Los moros de Andalucía no acababan de segar y allanarse: determinó el rey hacelles guerra en persona. En esta sazón, un buen golpe de moros de los que en Aragon moraban,

sea á persuasion de los andaluces, sea por no perder aquella ocasion, por Medinaceli hicieron entrada en las tierras de Castilla. Corrieron y talaron los campos de Santistéban de Gormaz. El Cid se hallaba retirado en su casa con achaque de su poca salud, como á la verdad pretendiese con ausentarse aplacar la envidia de sus émulos para que no le empeciesen; pero avisado de lo que pasaba, y visto que el rey estaba ausente, con las gentes que pudo recoger, prestamente acudió al peligro. Su valor y diligencia corrian á las parejas: así muy en breve forzó á los moros á retirarse y desembarazar la tierra. No contento con esto, por aprovecharse de la ocasion y aprovechar sus soldados, revolvió á manderecha sobre las tierras del reino de Toledo, sin parar hasta dar vista á la misma ciudad: en el camino saqueó los pueblos, taló los campos, ganó gran presa y siete mil esclavos entre hombres y mujeres. Los que le aborrecian acudieron al rey para cargalle de haber quebrantado el asiento puesto con aquel rey de Toledo. Decian no convenia disimular ni dar rienda á un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos; que era bien castigalle y hacer que no se tuviese en más que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase.

Tratóse el negocio en una junta de grandes y ricos hombres: acordaron saliese desterrado del reino, sin dalle más término de nueve dias para cumplir el destierro. No se atrevió el Cid á contrastar con aquella tempestad: encomendó su mujer é hijos al abad de San Pedro de Cardena, monasterio con que tuvo toda su vida mucha devocion, y él se fué á cumplir su destierro, acompañado de muy buena y lucida gente. Iba resuelto de no pasar el tiempo en ociosidad, ántes hacer de allí adelante con más brío guerra á los moros, y con el resplandor de sus virtudes deshacer las tinieblas de las calumnias que le armaban. Los moros por este tiempo, con las comidas y regalos de España, y con la abundancia, fruto de la victoria, habian perdido en gran parte las fuerzas y valor con que vinieron de África. Salió el Cid con poca gente, aunque escogida, y otros muchos deudos é hijosdalgo que se le allegaron; que



todos deseaban tenelle por caudillo y militar debajo de su conducta. Rompió lo primero por el reino de Toledo; y el rio de Henares arriba no paró hasta llegar á aquella parte de Aragon en que está Alhama y el rio Jalon, que riega con diversas acequias que dél sacan gran parte de aquellos campos; en particular combatió y ganó de los moros el castillo de Alcocer, muy fuerte por su sitio, puesto en lugar alto y enriscado. Desde este castillo hacia salidas y cabalgadas por todas aquellas tierras comarcanas, y áun desbarató dos capitanes que el rey de Valencia envió con gente para impedir aquellos daños. La presa que hizo en todos estos encuentros y jornada fué muy rica: acordó enviar en presente al rey D. Alonso treinta caballos escogidos, con otros tantos alfanjes fiados de los arzones, y treinta cautivos moros, ricamente vestidos, que los llevasen de diestro.

Recibió el rey esta embajada y presente con muy buen talante y toda muestra de contento y alegría. El pueblo no cesaba de engrandecer al Cid y subir sus hazañas hasta las nubes: llamábanle libertador de la patria, terror y es-

panto de los moros, defensor y amparador de la cristiandad: decian que era tanta su grandeza, que con buenas obras pretendia vencer los agravios que le hacian, y su mansedumbre y gentileza se aventajaba á las injusticias y injurias de sus contrarios; que no debía nada á los caballeros antiguos, ántes se les adelantaba en todo género de virtud. Despidió el rey los embajadores muy cortesmente, pero no alzó por entónces el destierro á su señor por no alterar á los moros, si tan en breve le perdonaba; sólo dió licencia á todos los que quisiesen para seguille y militar debajo de sus banderas, en lo cual se tuvo respeto, no sólo á honrar al Cid, sino á descargar el reino de muchos hombres bulliciosos, que apaciguada el Andalucía, por estar criados en las armas, llevaban mal la ociosidad. Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar por no perturbar la memoria, si se dividieran en muchas partes. Advertido esto, volverémos con nuestro cuento atras, y á referir lo que pasó en España el año que se contaba de Cristo mil y setenta y seis.



CAPÍTULO XLII

Cómo el rey D. Sancho de Navarra fué muerto por su hermano.

El rey D. Sancho de Navarra tenía un hermano llamado D. Ramon: los dos, aunque eran hijos de un padre y de una madre, en las condiciones y costumbres mucho diferenciaban. D. Ramon era de suyo bullicioso, amigo de contiendas y de novedades: ninguna cuenta tenía con lo que era bueno y honesto, á trueque de ejecutar sus antojos. Arrimábanse otros muchos de su misma ralea, gente perdida, y que consumidas sus haciendas, no les quedaba esperanza de alzar cabeza si no era con levantar alborotos y revueltas. Con la ayuda destos pretendia D. Ramon apoderarse del reino, ambicion mala y que le traia desasosegado. El rey era amigo de sosiego, muy dado á la virtud y devocion, como consta de escrituras antiguas en que á diversos monasterios de su reino hizo donaciones de campos, dehesas y pueblos. Tenia en su mujer doña Placencia un hijo por nombre D. Ramiro, de poca edad, que le habia de suceder en el reino, y no falta quien diga tuvo otros dos hijos, hasta llamar al uno don García, y al menor de todos no le señalan nombre.

De lo uno y de lo otro tomó ocasion D. Ramon para alzarse contra el rey: decia que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad y demasia, disminuia las rentas reales y

enflaquecia las fuerzas del reino, como de ordinario los malos á las virtudes ponen nombres de los vicios á ellas semejantes: gran perversidad.

Demas desto el rey era viejo, los hijos que tenia, de poca edad; esto dió ánimo al que ya estaba determinado de declararse, y con la ayuda de sus aliados se alzó con algunos castillos, principio de mayores males. Acudió el rey á ponelle en razon; mas visto que por bien no se podia acabar con ninguna, le pusieron acusacion, y en ausencia, por los cargos que contra él resultaban, le declararon por enemigo público y le condenaron á muerte. Con esto quedaron por enemigos declarados, y cada cual de los dos procuraba dar la muerte al contrario. Los malos, de ordinario, son más diligentes y recatados por no fiarse en otra cosa sino en sus mañas; por el contrario, los buenos, confiados en su buena conciencia, se suelen descuidar.

El rey estaba en la villa de Roda; el traidor, secretamente, se fué allá bien acompañado, y hallado el aparejo que buscaba, alevosamente le dió la muerte. El arzobispo D. Rodrigo no hace mencion de todo esto, puede ser que por no manchar su nacion y patria con la memoria de caso tan feo. Los hijos del muerto acudieron



á favorecerse, D. Ramiro el mayor al Cid, y los dos menores al rey de Castilla D. Alonso. Su edad y fuerzas no eran bastantes para contrastar á las del tirano, que quedó muy pertrechado, y luégo, con el favor de sus valedores, se llamó rey. Por esto, los principales del reino se juntaron para acordar lo que convenia. No les pareció disimular ni recibir por señor al que tales muestras daba de lo que sería adelante. Los infantes eran flacos, y estaban ausentes. Resolviéronse de convidar con aquel reino y corona á D. Sancho, rey de Aragon, primo hermano del muerto, y valerse de sus fuerzas contra las del tirano. Acudió él sin tardanza: encargóse del reino que le ofrecian, y apoderóse de la mayor parte dél; otra parte, que fué lo de Briviesca y la Rioja, se entregó al rey D. Alonso, que pretendia tener mejor derecho á lo de Navarra por causa de la bastardía de D. Ramiro, padre del rey de Aragon; en particular se entregó la ciudad de Nájara,

do en la iglesia de Santa María la Real sepultaron los cuerpos del rey muerto y de la reina su mujer. Vino otrosí el aragones en acudir cada un año al de Castilla por lo de Navarra, por no venir con él á rompimiento, con cierto tributo; este reconocimiento se halla por escrituras antiguas que pagaron los reyes don Sancho y D. Pedro. El tirano homiciano, vista la voluntad con que la gente recibia al nuevo rey y perdida la esperanza de poder contrastar así á sus fuerzas como al odio que todos como á malo y aleve le tenian, acordó ausentarse. Huyó á Zaragoza, donde el rey moro le dió casa en que morase, y le heredó en ciertos campos y tierras con que pasase su pobre y lacerada vida. Esta herencia de mano en mano recayó en una su nieta llamada Marquesa, que casó con Aznar Lopez, y afirman que en su testamento la dejó á la iglesia mayor de Santa María de Zaragoza, en tiempo de D. Alonso, rey de Aragon, primero deste nombre.

CAPITULO XLIII

Que Almenon, rey de Toledo, y D. Ramon, conde de Barcelona, fallecieron.

El año luégo siguiente, que se contó de mil setenta y siete, pasaron desta vida dos príncipes muy señalados: Almenon, rey de Toledo, y D. Ramon, conde de Barcelona, por sobrenombre el Viejo; en que el dicho año fué más señalado que en otra cosa que en él sucediese. En el reino de Toledo sucedió Hissem, hijo mayor del rey difunto. Todo el tiempo que reinó, que fué por espacio de un año, se conservó con todo cuidado en la amistad del rey don Alonso, á ejemplo de su padre, y por su mandado, que se lo dejó muy encomendado. Muerto Hissem, le sucedió su hermano menor, por nombre Hiaya Aldirbil, muy diferente de su padre y hermano. Era cobarde en la guerra, en el gobierno desconcertado, de vida muy torpe, dado á comidas y deshonestidades, sin perdonar á las hijas y mujeres de sus vasallos, con que se hizo muy aborrecible así á los moros como á los cristianos que moraban en Toledo. Era inhumano y cruel, propia condicion de medrosos y cobardes. Por la muerte de Hissem, quedó el rey D. Alonso libre del homenaje que hizo en Toledo los años pasados de guardar amistad á aquellos príncipes, padre é hijo.

Los cristianos y moros de aquella ciudad,

cansados con la tiranía que padecian, y no pudiendo llevar los vicios de aquel príncipe, hacian grande instancia por sus cartas al rey don Alonso para que los librase de aquella opresion tan grande, y se apoderase de aquella ciudad tan principal, que era como un baluarte muy fuerte de casi todo el señorío de los moros. Decianle no perdiese aquella ocasion tan buena como se le presentaba, por estar desabridos los ciudadanos, y la poca industria del rey que no tendria ánimo ni fuerzas para hacer resistencia á los cristianos. Estos fueron los primeros principios, y como las primeras zanjas que se abrian para emprender la conquista de aquella nobilissima ciudad, cabeza de todo aquel reino. El conde D. Ramon falleció en Barcelona, en cuya iglesia mayor le sepultaron, que él mismo desde los cimientos levantó los años pasados. El entierro y las honras fueron cuales se puede pensar, con toda muestra de majestad y solemnidad. Dejó dividido su estado entre dos hijos suyos: el mayor se llamó D. Berenguel, el segundo D. Ramon Cabeza de Estopa: la causa de tal apellido, de suso queda declarada; su gentileza y apostura, y las costumbres muy compuestas y agradables, fue-



ron ocasion de ganar las voluntades, así del pueblo como de su padre, en tanto grado, que, sin embargo que era hijo menor, quedó nombrado por conde de Barcelona: mejoría que le fué perjudicial y le acarrió la muerte, como luégo se dirá.

Este príncipe casó con una señora, hembra de mucha virtud, y que fué hija de Roberto Guiscardo, normando de nacion, y gran señor en Italia, segun que lo refiere cierto autor. Esta gente de los normandos en aquel tiempo era muy nombrada; la fama de su valor volaba por todas partes, y estaban apoderados de lo postrero de Italia y de Sicilia. Fundó esta condesa dos monasterios, el uno con advocacion de San Daniel, en el valle de Santa María, tierra de Cabrera; el otro cerca de Girona, donde despues de la muerte de su marido, renunciado el

siglo y sus comodidades, pasó muy santamente lo restante de su vida. En el un monasterio y en el otro puso religiosas de San Benito. Hijo desta señora fué D. Ramon Arnaldo ó Berenguel, que sucedió á su padre en el condado de Barcelona. Por este mismo tiempo, Armengol, conde de Urgel, hacia la guerra á los moros que quedaban por aquellas comarcas, y Guillen Jordan, conde de Cerdania, perseguia los herejes arrianos, que á cabo de tantos años tornaban á brotar por aquellas partes. Éste castigaba aquella mala gente con destierros, confiscacion de bienes, con infamia y con muertes que daba á los pertinaces. Por el esfuerzo de Armengol se ganaron de los moros muchos pueblos de la ribera del rio Segre; en especial la ciudad de Balaguer, cabeza del condado de Urgel, volvió á poder de cristianos.

CAPÍTULO XLIV

Cómo los normandos fueron á Italia.

El nombre de los normandos fué muy conocido los años pasados por los grandes daños que hicieron en las costas de España y de Francia; mas por estos tiempos se hicieron más famosos, cuanto extendieron la gloria de su esfuerzo en las partes de Italia, y por fuerza de armas fundaron en ella un nuevo reino y señorío, que dura hasta nuestros tiempos, aunque mudada diversas veces la sucesion de los príncipes que le han poseido y poseen. Dará mucha luz á esta historia saber la origen desta gente y la ocasion que tuvieron para pasar en Italia, á causa de estar sus cosas en lo de adelante muy mezcladas con las de España. Normandos, que es lo mismo que hombres septentrionales, se llamaron en particular todos aquellos que entre la provincia de Dania y la Cimbrica Chersoneso se extendian por todas aquellas marinas del mar Germánico, y poseian las islas que por allí caen; hombres fieros y bárbaros, en el vestido y manera de vida salvajes, de costumbres extraordinarias, pero muy diestros en el arte de navegar, por el ejercicio ordinario que tenian de ser corsarios. Luitprando, que floreció por estos tiempos, dice que los normandos eran los mismos que los rusos ó rutenos. La verdad es, que en un mismo tiempo estas gentes se derramaron como dos rios arrebatados, los rusos por las provincias de Oriente, de donde vienen los de Polonia; los

normandos por las de Occidente en que hicieron grandes efectos, en particular en tiempo de Carlos el Simple, rey de Francia, asentaron en aquella parte de aquel reino, que antiguamente llamaron Neustria, y despues del apellido destas gentes se llamó y se llama Normandía, como se dijo en otro lugar.

Traian por capitán á uno llamado Rolon: naturalmente tenian grande apetito de mandar, eran acostumbrados á fingir y disimular, dados al estudio de la elocuencia y ejercicio de la caza, fuertes para sufrir todo trabajo, hambre, calor y frio; preciábanse de andar bien vestidos y arreados; en lo demas eran de condicion soberbia y desapoderada. Estas eran las virtudes y vicios de los normandos y su natural; con la comunicacion de los franceses, cuya condicion es mansa, se mitigó en parte su fiereza y se amansaron sus costumbres. Del linaje de Rolon hobo uno llamado Guillermo Notho, sétimo duque de Neustria ó Normandía: éste, por testamento del rey Eduardo el Santo, juntó al ducado de Normandía el reino de Ingalaterra en el tiempo que se hacia la guerra de la Tierra Santa. Para apoderarse de aquel reino pasó en una flota á Ingalaterra, y en la primera batalla venció á Haroldo, su competidor, y le quitó la vida y el reino. De allí, por tener aquellos reyes buena parte de la Francia, resultaron perpétuas guerras entre franceses y ingleses, que